

Toda tú eres la Ruina, la Pena y el Miedo.
 Pero sólo para salvarnos
 del miedo, la pena y la ruina nuestros.
 Estás junto a la Cruz
 como muralla firme
 que a todos nos defiende del Naufragio.
 Como entraña que el Ser ha dilatado,
 para tragarse el abismo del No-ser
 que va a matar al Hombre.
 Como faro que ofende y apuñala
 la sombra en que la Muerte nos acecha.
 Estás junto a la Cruz, oh Madre mía,
 y allí estoy junto a Ti.
 En tu seguro,
 seguro de mí mismo,
 mi ruina se restaura
 y vuelvo a hallarme todo entero
 acompañado y firme.
 En pié, con tu materna ayuda,
 vuelvo a reconformarme
 a imagen de Aquél que lo restaura todo
 restaurando la Carne que le diste
 para abrazar mi carne derruída.
 Entero y verdadero
 con el meollo que me robó la Mancha,
 dejándome sin sustancia,
 y que rescato por tu cauce,
 de la Abundancia del Ser que nos redime.
 Sereno y amparado.
 porque me asiste el Todo.
 El Todo inabarcable
 que me hinche y me sostiene
 me rodea y me levanta
 y me viene de Ti (como en reflejo).
 Otra vez Madre del Hombre,
 Madre mía.

CACERES, VIEJO CACERES...

NACEN estas notas intrascendentes de un sentir y un pensar que tuvimos a la par de nuestra andadura por el viejo burgo cacerense, envuelto en el sosegado silencio de su abandono, en sazón que el cielo se manifestaba intensamente azul y tachonado ya de estrellas inciertas. Habíamos dejado a nuestras espaldas la Plaza Mayor, alargada, resbaladiza y olorosa de rancias abacerías tenebrosas, para subir la escalinata que nos enfrenta, pasado el llamado Arco de la Estrella, con la intensidad emotiva de sus piedras, cargadas de siglos y de recuerdos. Ibamos pensando que las piedras tienen un doble valor cuando con su postura artificiosa levantan a la realidad humana del mundo el objeto de una idea práctica, para albergue actual o reposo yerto. Es decir, para habitación o tumba. En este caso tienen el que pudiéramos llamar su valor primigenio, esencial, constituyéndose después en símbolo representativo del espíritu, del espíritu de la civilización que las levantó, y como tal—con su mudez estática—hablan a la posteridad. Y éstas nos dijeron así, cuando rompíamos la paz silente de su ámbito: Cáceres, el viejo Cáceres del derruído recinto murado, no es otra cosa que una pétreo y eternal evocación del mejor tiempo caballeresco. Y nosotros dimos nuestro asentimiento, pues es la pura realidad. Antaño fué su albergue y hoy es su evocación, su férvido canto. Que aun se mantiene, materializada, en estos lugares recoletos la canción laboriosa y artesana de los cinceles labradores del granito, eternizando un canto aun más noble, más elevado, y que los ignotos canteros aquellos ni se lo imaginarían siquiera. No les sería dado saber lo que sus pulsos legaban a golpes de punta acerada. Pero nosotros sí lo sabemos; porque nos lo dicen las nobles piedras doradas al pregonar una época que, haciendo una crítica de las almas y los tiempos, se tendrá como el más genuino florecimiento racial, acaso porque en su ambiente fructificaron espléndidamente los anhelos de imperio...

En tanto meditamos esto, discurrimos la callejuela que hallamos al pasar el Arco y llegamos a una placita, la de Santa María, tan solitaria, tan silenciosa, de empedrado suelo con trozos blancos de caminos enlosados y presencia de imponentes mansiones señoriales. En ella hay también, como ocurre en casi todas las plazuelas viejas de las vetustas ciudades, una iglesia, que es gótica, con reminiscencias románicas, y en cuyo interior, en el piso, en los muros, o en los rincones discretos de oscuras capillas, se muestran, desgastadas, borrosas, unas laudas timbradas. En el recinto de la plaza nos detuvimos un momento para saborear la poesía que empapa cada edificio, cada rincón, cada piedra, asperjada en lluvia de recuerdos, como el moho que de ella se escapa, se diluye y suspende en el aire,

envolviéndonos, invisible, salitroso y amorfo cual un manto inconsútil.

La poesía,—meditamos—es decir, el deleite que nosotros captamos aquí, ¿es algo puramente subjetivo? No; creemos que no, si los ojos saben calar el sentido y el valor de las cosas que, en su mudez estática, dicen al alma cuánto encarnan de vida y de poesía. Y para aseverarlo hay como un resonar de caracola en estas piedras que rememoran un fausto isabelino. cayendo, por su mandato, desde los soberbios torreones linajudos para tundir por siempre altivas discordias... Además ahora en el momento de nuestra contemplación, regala nuestros oídos el melodioso coro de unas dulces voces femininas que ponen un trémolo delicado, litúrgico, en la paz aquietada de la noche. Se trata—nos informa una mozueta que fisgonea el interior de una destartalada pieza,— de un grupo de jóvenes que ensayan motetes marianos para la próxima novena. Nosotros, al acercarnos, en los muros de la casa, bajo un farol, en un rótulo de azules letras enlazadas, hemos leído: Calle de la Cuesta de Aldana. Después, continuando la deambulaci6n, leerémos: Calle de los Condes, de la Cuesta del Maestro, de los Caleros... Nombres todos ellos impregnados de un suave perfume de añoranzas.

* * *

Rancios solares con ostentaci6n de pasadas grandezas, con orgullo de blasones y pena de abandono, forman estas pinas, turtuosas callejuelas, encrucijadas propias para lances de capa y espada, tras el último eco de una dulce y amorosa trova, todavía enredada en los blancos maineles de las ventanas con sombras de pálidas doncellas azoradas. Ellas fueron en otro tiempo, luengo, muy luego, escenario del orgullo y ostentaci6n de Solises y Ulloas, Torres y Figueroas, Ovandos y Golfines y tantos y tantos más que fueron flor de estirpe caballeresca y venero riquísimo de capitanes. La morisma, y la manigua, y el lodo flamenco, supieron del valor de estas gentes. Y se hicieron lenguas de ellos... Mas hoy, de todo aquello ¿qué nos queda? ¿Quién nos habla? Unos palacios desconchados; unas torres—¡qué célebres, qué célebres estas torres!—; unos libros dormidos en el el lecho de unos plúteos polvorientos y, sobre todo, la paz augusta, el silencio solemne, de estas calles, de estas plazas que incitan a la evocaci6n. Evocaci6n nostálgica de los que un día brillaron con pompa y fama y hoy duermen olvidados bajo las laudas timbradas de las Iglesias.

El Cáceres, vetusto, solitario, silencioso, se baña en una luz suave que acaricia las torres, los tejados, los esquinazos de cantería; las sombras, apretujándose en los rincones, bajo las gárgolas y el tejeroz, de las viejas casas adensan el misterioso ambiente de estos lugares. Arriba, en la techumbre celeste, cada vez más azul, cada vez más intensa y profunda, una pedrería sideral, brillando clara, distintamente, nos da la prueba de la auténtica, inmutable eternidad...

FERNANDO PEREZ MARQUES

ECOS DE LA MUSA POPULAR

CAMINITO DE HERRERUELA

Lo mató un guardia civil desde un seto de lentiscos que hay agua abajo del puente a la vera del molino.

Con la hermosa molinera estaba en el cobertizo, cuando, notando algo extraño, la jaca lanzó un relincho.

Fué un relámpago. En el agua profunda, se hundió de un brinco entre el retumbo alevoso [co, de dos disparos seguidos.

Encabritóse la jaca... La pobre mujer dió un grito y flotó un manchón de sangre en el remanso del río.

Ya saciaste, molinero, esos tus celos malditos. Cuaterros mangaluchanos, ya no tenéis enemigo. ¡Ya murió el Chico Cabrera, el guardián de los cortijos!

ZARABANDA

El compadre Cleto, el compadre Lucio y el compadre Andrés, están en Castilla segando la mies.

La comadre Petra, la comadre Juana, la comadre Inés, se van de merienda juntitas las tres.

Petra lleva un queso, un pan de dos libras cocidito ayer, un cestillo de higos y un tarro de miel.

Juana lleva tencas de la charca grande fritas en sartén, cuatro longanizas y algo de café.

De vinillo rancio lleva un boticuero la comadre Inés, que hace ocho cuartillos y se tiene en pie.

Se sientan bajo una encina como de mesa y mantel, venga risa, venga broma, venga comer y beber.

Petra abraza al boticuero, dice que es niño sin pies, Juana se fija en el río, jura que corre al revés. Inés mira a sus comadres y asegura que son seis.

Y ya bastante de noche, cantando y dando traspies regresaron al lugar, borrachitas todas tres.

Con pan y navaja cenaron ayer el compadre Cleto, el compadre Lucio y el compadre Andrés, que están en Castilla segando la mies.